

# Los Contemporáneos

Núm. 801

ANTONIO JOPE  
1944

JUICIO CRÍTICO DE  
J. CORRALES RUIZ

30  
Cts.



6 *Margot*

POR

JUAN LOPEZ NUÑEZ



**¡SI ES TAN BELLA!**

Sus encantos fascinan.  
Su mirada enloquece.

¿Cómo no amarla?  
¿Cómo no besarla,  
Señor, al uso:

**Crema Peca-Cura**

Los Polvos Peca Cura, sumamente adherentes e impalpables; el Jabón, neutro, puro y espumoso; el Masaje Facial y el Agua Cutánea, que conservan el cutis fresco y velutado, así como el Agua de Colonia y Loción para el pelo, productos todos, fina, intensa y deliciosamente perfumados, son complemento de la:

**Crema Peca-Cura**

e imprescindibles en todo tocador elegante.

**Cortés Hermanos. Barcelona.**

## LOS CONTEMPORANEOS

La dirección advierte a los señores colaboradores espontáneos, que agradeciendo mucho la deferencia que para esta publicación representa el envío de sus originales, no mantendrá correspondencia acerca de ellos ni publicará otros trabajos que los solicitados expresamente.

**MONTANO**

Pianos de esta incomparable marca.  
Reparaciones, cambios  
Servicio especial para el traslado  
de pianos.

**Calle de San Bernardino, 3, Madrid.**

Suscripción y venta de Alrededor del Mundo y Los Contemporáneos en Barcelona.

**D. Francisco Gallardo**

**KIOSCO "EL SOL"**

**Rambla de los Estudios**



**LEA USTED**

**Alrededor  
del  
Mundo**

**40 céntimos**

DIRECTOR: MARIANO GRACIA

REDACTOR-JEFE: RODOLFO VIÑAS

R-14886-A

14886

## Cabeza parlante



Cuando uno empezaba, más lleno de ilusiones que de merecimientos, una autobiografía era tan sencilla como halagüeña. Pero ahora que ha pasado el tiempo, y las vicisitudes y alternativas de la existencia nos han hecho lo que somos, hablar de uno mismo es una cosa que produce rubor, miedo y sorpresa.

¿Qué ha de decir de su vida y de su obra un escritor que sea sincero? Delante, lo que nos queda de vida, y detrás, lo que dejamos, ¡cualquiera es el atrevido que se pone a decir lo que piensa de sí propio!...

Esta novela, por ejemplo, que hoy publicamos, es un trozo de nuestra historia. Está arrancada de la cantera de nuestros recuerdos con todo el dolor de nuestra alma. Hubiésemos querido no haberla escrito, mejor dicho: no haberla vivido, porque, para los que tenemos del mundo otro concepto, siempre es angustioso el espectáculo que ofrecen los malvados, los perversos, los irredentos y los malditos.

¡Pobre Margot!... Fué nuestra amiga. La conocimos en días de ambición

y de bohemia. Adornándola con las galas de nuestra imaginación la convertimos en diosa, cuando sólo era mujer, y mujer condenada por herencia, educación y ambiente.

Pero en fin. Vamos con nuestra autobiografía. En primer lugar, ¿qué hemos de decir? ¿Contaremos nuestra infancia en la adorada Almería donde nacimos? No. ¿Nuestra época estudiantil en la encantadora Granada? Tampoco. Hablemos de nuestra vida literaria, si es que eso interesa. A nosotros, no. Quisiéramos olvidarla para olvidar con ella todas esas luchas y todo ese conjunto de ruindades y miserias que constituyen la existencia de un escritor.

\*\*\*

Muy joven, a fines del 1910, vine a Madrid de redactor de *La Correspondencia Militar*. Entré ganando 25 duros mensuales y con el mismo sueldo salí de allí, después de diez años de trabajo incesante. Trabajador y entusiasta, mi labor más importante la realicé mientras formé parte de aquella redacción que, con absorberme tanto tiempo, me permitía dedicarme a otras faenas.

Era tanta mi afición a la literatura que, joven y apasionado, viví sin juventud y sin más amores que los del estudio. Por eso, mientras otros compañeros pedían—¡y Dios sabe cómo!—las funciones de críticos teatrales, yo sólo me contentaba con que me diesen un pase para entrar en el Ateneo. Quería ser escritor a la usanza clásica y saber, saber mucho... ¡El tiempo había de enseñarme que lo que menos le sirve a un escritor es la cultura!

Cuanto se diga del esfuerzo que yo realicé entonces sería poco para dar una idea de la realidad. De aquellos días de febril trabajo datan los libros históricos que he publicado y otros muchos que no publicaré nunca.

Aquellos estudios me consolaban de las amarguras que sufría en el inolvidable periódico ya referido. Humillado por seres que no me comprendían ni me estimaban, me hice prudente, reservado, modesto y un poco escéptico. Vi la vida demasiado cerca y demasiado pronto y no tuve más refugio que el estoicismo.

Recuerdo que trabajaba diez horas diarias en un despacho oscuro, lóbrego, húmedo y frío, donde nunca llegó el sol. La luz artificial era la única que teníamos un pobre compañero y yo. Muchas veces me dije que cómo el Instituto de Reformas Sociales no se preocupaba de los desdichados obreros de la clase media; de quienes, como nosotros, tenían que vivir de aquella manera.

De resultas de aquello, mi compa-

ñero enfermó de la vista, no tardando en seguirle yo, que estoy vivo y sano gracias a mi naturaleza. Como si aquellos peligros fuesen pocos, me vi atacado de cólicos saturninos, pues resultaba que aquel despacho hallábase al lado de la imprenta y recibía las emanaciones de las *Lynotypes* día y noche.

Así estuve diez años, transcurridos los cuales, me despidieron del periódico, porque, para ganar cinco duros más al mes en otra parte, salía un poco antes o llegaba un poco después a la *Redacción*.

No me importó gran cosa la despedida, porque ante mí se abrían otros caminos; pero ya que ha pasado el tiempo pienso con tristeza en el curso de energías que hube de perder, para verme luego tratado de manera tan injusta y despiadada. Porque yo era joven cuando, privándome bruscamente de aquellos 25 duros mensuales, me arrojaron a la calle; pero, ¿y si no hubiera sido así? ¿Y si yo, más débil, más enfermizo, más viejo, me hubiese visto en la imposibilidad de ganar la vida? ¿Qué hubiera pasado?

Sirvan estas líneas de alusión directa a quienes, por su cargo, tienen el deber de ocuparse de los verdaderos desheredados de la fortuna, de los pobres de verdad, de los que, trabajando día y noche en locales anti-higiénicos, dan su vida, sin más esperanza ni recompensa que el despido desdeñoso e inhumano, que es el premio que obtienen después de mil sacrificios, humillaciones e ingraticudes.

\* \* \*

Ligeramente apunté al principio las disputas que presencié en el periódico para el ejercicio de la crítica teatral. No eran tan enconadas, dicho sea en verdad, como las sostenidas en otros diarios de mayor importancia; pero tenían *su aquel*, como decimos los clásicos.

Aquello me reveló también muchos secretos de lo que pomposamente llamamos *crítica*, pues elevándome y elevándome, de inducción en inducción, comprendí el valor de las censuras y los elogios.

Por fortuna, no la ejercí nunca, ni me remuerde la conciencia de haber combatido a nadie. Mi tránsito por el periodismo diario fué tan silencioso como insignificante. Obscura mi labor, nadie la conoce. Realicé mi obra modestamente, sirviendo de comparsa, si queréis; pero no puse mi pluma al servicio de mis pasiones. Después de todo, aquella indiferencia me salvó, porque yo abandoné las tareas del periodismo con el corazón tranquilo. Si no dejé amigos detrás de mí, tampoco dejé enemigos, que ya es bastante.

\* \* \*

No quiero ocuparme aquí de lo que *vislumbré de la política*, desde aquel chiscón o calabozo de castigo donde estaba. También vi lo suficiente para perder la fe en todo, y hacerme tan *excéptico* como el que más. Muchos que me censuran por mi falta de creencias en estas materias, deben tener en cuenta que mis primeros maestros fueron los desengaños en los hombres y en las ideas.

Yo hubiese creído, hubiese querido creer; pero no me fué posible... Por esto, cuando acontecimientos que todos recordamos y recordaremos siempre dieron al *traste* con aquel mundillo de farsa, mentira, corrupción y falsía que llamábamos política, me alegré yo, el incrédulo, el mordaz, el humorista; yo, que me regocijaba con todo mi corazón pensando en muchos que conocí y sabía lo que eran, lo que fueron y lo que valían.

Vi tan a lo vivo los problemas de mi tiempo, que los simboliqué en los hombres cuya personalidad se me revelaba a cada momento en mil detalles que no quiero ni recordar.

Si lo ocurrido sirve para alejarlos para siempre de la cosa pública, ya es suficiente para aplaudirlo.

\* \* \*

Dejé mi autobiografía, refiriendo mis estudios en el nunca bastante elogiado Ateneo. Allí me formé espiritualmente, lejos de todo y de todos, satisfaciendo mi hambre de sabiduría con cuantos libros pude leer, que fueron muchos. Recuerdo que era tan pobre, que el día que tenía para tomar un café y saborearlo, mientras escribía, tomaba apuntes o leía sencillamente, me consideraba el hombre más feliz del mundo.

De nada me importaban las luchas que sostenía. Olvidaba mi presente, mi pasado y ni siquiera me preocupaba mi porvenir. Modelo de jóvenes era en aquellos días que me emocionan cuando me acuerdo de ellos. ¡Quién fuera como entonces, quién tuviera aquella abnegación, aquella virtud, aquel entusiasmo!...

\* \* \*

La llegada a Madrid de un amigo de la infancia me alejó del Ateneo y me incorporó a otra vida más agitada y más turbulenta, haciéndome conocer otro ambiente cuya existencia yo no sospechaba.

El antiguo Fornos me contó entre sus habituales concurrentes. Allí conocí a una porción de elegantes aturdidos, de necios adinerados y majaderos gloriosos, que me revelaron lo que era Madrid, el Madrid de entonces, muy parecido por todas partes al Madrid de ahora.

Hagamos gracia de aquella fase de mi vida, pues fué un paréntesis abierto en mi existencia de luchador.

\* \* \*

Mi conocimiento y amistad con el músico, filósofo y escritor Prudencio Muñoz, fué tan importante para mí, que me hizo variar el curso de mi vida. Gracias a él adquirí muchas amistades, siendo Prudencio Muñoz quien me presentó a los que formaban la tertulia artístico literaria de la antigua *Maison Dorée*.

Reuníanse allí diariamente Cadenas, Asensio Más, Muñoz Seca, Perrin, Gil Asensio, Frutos, Vives, Luna, Serrano, Peña, García Alvarez, Arniches, Paso, Lleó..., cuantos constituían entonces lo más interesante de la actualidad teatral.

Todos me acogieron con la cariñosa efusión que es tan proverbial entre escritores, y fuí uno más entre aquellos que desde el primer instante me distinguieron y me estimaron.

Cuando un día famoso aquella tertulia se trasladó de café, yo fuí uno de los comisionados para buscar acomodo a la fugitiva "harca". Esto de "harca" fué el calificativo aplicado por Cadenas a los que sin respeto a nada ni a nadie discutíamos de todo lo existente y por existir.

Aquella *peña* inolvidable creo que fué la última tenida por las gentes de Letras entre nosotros. Reminiscencias de ella son las que se conservan dispersas en *Molinero*, *Savoia*, *Lion d'Or*, etcétera, etc.; pero nunca se ha dado el caso de reunirse diariamente sesenta o setenta compañeros en un mismo local, como sucedía entonces.

Las exigencias de la vida contemporánea nos desunieron, haciéndonos andar de un lado a otro. Ni lo lamento ni lo celebro. Aquello tenía el encanto de ser lo que quedaba de otros tiempos que se fueron, de los tiempos del *Parnasillo*, del antiguo *Café de la Iberia*, del célebre *Suizo*, de todos los lugares donde se congregaban artistas y literatos, derrochando buen humor y ese relativo ingenio que se pierde en semejantes reuniones.

Más humana la lucha que en nues-

tra época, no revestía los caracteres de ferocidad de ahora. Los mismos consagrados eran más humildes y más modestos, siendo envidiable la fraternidad que reinaba entre nosotros. De aquellos días datan mis mayores amistades y las que me han sido, andando el tiempo, más útiles y beneficiosas.

En la gran democracia de aquella vida cordial, fuí, como dije antes, uno de tantos y se me escuchó desde el primer día con simpatía y atención. Yo me acordaba con tristeza de mi *periódico* y pensaba con horror en que después de aquel asueto de mi espíritu tenía que volver al rincón obscuro, lóbrego y sombrío que me servía de refugio...

\* \* \*

El gran poeta Gonzalo Cantó fué mi primer colaborador y mi maestro en el teatro. Con él hice mis primeras armas y recogí mis primeros aplausos. Luego estrené otra comedia en el teatro Cervantes, viniendo después mi colaboración con Muñoz Seca, con quien hice y estrené *El rayo*, que todavía se representa en España y el extranjero. Las ganancias incalculables producidas por esta obra me hicieron conocer los mil secretos de la vida contemporánea y especialmente los del teatro.

Después de *El rayo* he estrenado varias obras, siendo la última *El niño de las monjas*...

\* \* \*

Para los que busquen lo pintoresco e interesante, esta autobiografía carece en absoluto de valor. Hecha deliberadamente con el propósito de huir de lo episódico y accesorio, no hemos querido decir nada anecdótico ni personal. Por lo mismo que nuestra historia se prestaba a muchos detalles casi novelescos, no quisimos ahondar en ella. ¿Para qué? Cuando

se ha vivido un poco, lo importante es olvidar. Lo otro; el vivir de los recuerdos queda para los que no los tienen.

\* \* \*

Y aquí tenéis mi autosemblanza. Escrita con serenidad y también con melancolía, me ha servido para recordar mejores tiempos. Me ha hecho evocar cosas que, perdidas en mi memoria, no había querido recoger nunca. Ahora lo hago con esa relativa contrariedad con que hablamos de nosotros mismos los que, a fuerza de ocuparnos de otras vidas, no quisiéramos hacerlo de la nuestra.

Pero, en fin. Ya está dicho algo de lo que algún día pueda que constituya un libro que sirva de espejo a los soñadores y a los ambiciosos.

No hay mejor sueño que no tener ninguno, ni mejor ambición que no sentirla.

Humo la gloria, ficción el aplauso, vanidad el tiempo; creedme que no hay nada tan hermoso como esas vidas sencillas, humildes, resignadas, silenciosas y pacientes, que no ofrecen sinuosidades ni complicaciones y van al mar de la muerte como tranquilos arroyos que nunca sufrieron temporales ni ocasionaron desdichas.

\* \* \*

Aquí debería terminar esta pequeña semblanza que hemos intentado hacer. Pero queremos alargarlo un poco, por si acaso la lee algún joven.

A ese presunto y desconocido lector, ¡si que le diríamos cosas! Con la experiencia adquirida bien a nuestro pesar, ¡cuántas cosas le diríamos de las letras y de sus cultivadores! Sin emplear elegias impropias de este sitio, ni prorrumpir en estridencias románticas, le haríamos comprender lo falso, deleznable y antiartístico que hay en todo esto, o sea en el mundillo de los que luchamos por la gloria o por el pan, y no podemos retroceder en el camino emprendido porque lo primero que se pierde en estas batallas suelen ser la voluntad y el amor a nosotros mismos.

Se habla de vicios; por ejemplo, el juego. ¿Pero qué supone éste al lado del veneno de la literatura? Nada en absoluto. No hay sugestión comparable a la de los escritores que somos necios, crueles, envidiosos, solapados y egoístas. Por un aplauso daríamos todo, y por evitar el triunfo de un compañero arrostraríamos el fracaso propio. Y no se crea que los que piensan de este modo son los pequeños. Entre los grandes hemos encontrado, generalmente, una sequedad de alma que producía espanto. Aparte de uno o dos, todos, absolutamente todos, eran iguales.

Y decidme ahora. ¿Merece la pena profesión así? ¿Verdad que no? Si la gloria ha de ser el premio de nuestras infamias, maldecidla conmigo los que todavía, jóvenes de corazón, estáis a tiempo de huír de lo que tanto os atrae...

*Juan López Núñez.*

# MARGOT

## I



A casualidad nos reunió en *Maxim's* y también, ¿por qué no decirlo?, la fuerza de la costumbre. Porque los allí congregados en torno de una mesa absurdamente florida, éramos unos pobres hombres que creíamos divertirnos en aquel ambiente nauseabundo, entre históricas jornaleras del placer y profesionales de la mala vida.

Pero nosotros, envenenados por unas páginas de literatura transpirenaica, considerábamos que aquello era lo mejor, creencia de que nos había de sacar el tiempo, gran maestro siempre para los ilusos y los soñadores.

¿Para qué negar que entre nosotros no faltaba ese romántico que abunda tanto en esos sitios donde algunos buscan virtud con la misma insensa-

tez con que el borracho quiere coger el rayo de luna que se refleja en un enlodado charco?

Vivo y macilento se hallaba con nosotros, y vivo y macilento bebía con una obstinación digna de bebidas más exquisitas que aquellas que unos irónicos camareros nos servían con esa desdeñosa e insolente familiaridad de los que viven en los sitios "bien".

Antonio, por llamarlo de algún modo; Antonio, aragonés por más señas, era un buen muchacho que buscaba en todas las cosas el lado poético. Si le hubiera dado por escribir, hubiera sido un enamorado fervoroso del siglo que pasó con sus melenas, sus versos y sus generosas exaltaciones; pero era ingeniero y a las letras no consagraba más que la escasísima atención que les conceden las personas inteligentes.

Esto no importaba para que tuviera tan depurado el gusto que era un encanto oír su amenísima conversa-



ción, donde abundaban los chispazos de un noble sentimiento y una nobilísima altura de ideas.

Era demagógico, arbitrario y... un poco monárquico, cualidades encontradas que él armonizaba justificando su realismo en la necesidad de dar a los pueblos un emblema cualquiera, pero un emblema que los agrupase con menos violencia y con la misma eficacia que una lazada.

Creía que las muchedumbres—admirables por su infantilidad—precisaban el gobierno de uno solo; pero un gobierno paternal, como el de las primitivas monarquías de que se ocupa la Historia... Literatura, pero literatura que respondía a su temperamento soñador y paradójico que se nos reveló una vez más, aquella tarde, y por la causa siguiente:

Estábamos, como ya dije, sin saber ni de qué hablar, cuando pasó frente a nuestra mesa una especie de mujer que así que vió al ingeniero enrojació vivamente, y con una cautelosa seña parecía encomendarle prudencia.

No fué tan disimulada aquélla que no la notásemos los amigos, que apenas tuvimos ocasión preguntamos a Antonio por aquella especie de mujer.

—¿Es Margot!—nos dijo.

—¿Margot?

—Sí.

Una advertencia: hemos escrito dos veces que era una especie de mujer y necesitamos explicar nuestras palabras.

Mujer, lo que se llama mujer, lo es cualquiera: nuestra novia, por ejemplo; pero hay algunas que a simple

vista se apartan de lo vulgar y hay que considerarlas como de una categoría especial y personalísima.

Y esto le ocurría a Margot; a la llamada Margot, que era algo tan extraordinario y excepcional en aquel ambiente de maniqués y cocottes de treinta reales, que no se sabía cómo considerarla y definirla.

Poned a una colegiala el traje de una Otero, o a una Otero el traje de una colegiala; dad a la más disipada cortesana el rostro de una virgen, o a una virgen la cara de una Mesalina... y tendréis el tipo de aquella Margot que cruzó ante nuestros ojos como una especie de mujer, pero de mujer de espuma, sinuosa, alada, bella y adorable.

E inquirimos noticias y preguntamos pormenores y nos interesamos por su vida y por su historia, con gran satisfacción de Antonio, que, encantado por contarnos algo, nos relató lo que conocía de la vida de la preciosa Margot.

No tenía nada de particular después de todo; pero como a nosotros nos parecía definitivo y extraordinario todo lo que nos sacara de nuestro soporífero atontamiento, escuchamos al ingeniero con una atención de que nos creíamos incapaces.

Y así dijo el ingeniero:

—Esa que habéis visto con galas, atavíos y apariencia de cortesana, es una chica decente.

—¿Cómo?

—Decente.

—¿Qué barbaridad!

—¿Qué insensatez!



—No te burles de nosotros.

—He dicho que es una buena muchacha y no me arrepiento.

—¿Pero es que tú crees en la necia historia de la Dama de las Camelias?

—Te diré...

—No digas majaderías. Nosotros, que somos hombres de mundo, sabemos que la pecadora, lo es siempre por temperamento, hábito, educación y fatalismo espiritual.

—Lo dudo.

—¡Parece mentira que digas eso cuando te consta que ninguna de estas mujercuelas es capaz de sentir nada digno, delicado, bondadoso, honrado y puro!

—¡Desde luego!

—Todas ellas son unas miserables

y desgraciadas mujeres que, más ambiciosas que resignadas, más impúdicas que trabajadoras, buscan en el vicio el lujo y sólo el lujo.

—Pero no Margot.

—¿Cómo que no?

—Escuchad.

—Pues habla.

—Tendré que empezar desde muy antiguo.

—Empieza por donde quieras; pero no pretendas convencernos de la virtud de esa heroína de novela antigua.

—Oid y juzgad.

Éstas fueron las últimas frases del ingeniero, que, después de unos momentos de meditación, empezó su relato en la forma que veremos en el siguiente capítulo.

## II

—Cursaba yo el cuarto año de carrera y vivía en la calle de la Princesa, en una casa de huéspedes de la que siempre me acordaré.

Pasábamos allí la no muy agradable existencia unos cuantos jóvenes que, en los umbrales de la vida, soñábamos con grandes cosas.

Estudiábamos lo necesario para embrutecernos, y éramos lo felices que

se puede ser con veinte años, cuarenta duros mensuales el que más, muchas ilusiones y un tesoro de energías incalculable.

Necesito deciros que por aquellos entonces fué a parar a nuestra casa un escritor andaluz que venía a Madrid a conquistar la Gloria con el talismán o sortilegio de sus poesías.

Era un buen muchacho que a nos-

otros nos parecía más grande que Echegaray, que era entonces el escritor de moda.

El poeta de quien os hablo se llamaba y se llama Enrique, y era, como os digo, una excelente persona.

Para completar mi historia debo comunicaros que era dueña de la casa una señora bilbaína llamada Carmen, viuda ajamonada y un poco alegre y madre, además, de dos muchachas encantadoras.

viuda ajamonada y un poco alegre, y de manicura, y la menor, que es esta Margot a quien acabáis de ver, era modista; pero modista de aquellas de nuestra primera juventud que todavía ignoraban lo que eran medias de seda y abrigos de pieles, y arrebujadas en sus mantoncitos iban al trabajo con la alegría de quien tiene el alma sana y bien encaminada la voluntad.

Perdonad que me emocione recordando aquellas muchachas adorables, que ya no existen, compañeras de nuestros primeros sueños, de nuestras quimeras e inquietudes, musas de nuestros primeros amores, y pálidas y enfermitas Diosas a cuyos pies quemamos el incienso de nuestros primeros madrigales.

Margot, la buena y dulce Margot, con sus diez y siete años, era un verdadero encanto que volvió loco a más de uno de nosotros. Pero no contábamos con el poeta, que con el prestigio de su nombre y su profesión enamoró a la muchacha, que, modelo de novias como lo era de mujeres, fué del escritor en cuerpo y alma...

Y aquí empieza la historia—la historia de Margot—, que si no fuera la de muchas no serviría de nada absolutamente.

### III

—Para los que tenemos de la maternidad una idea elevada y santa que responde a la grandeza de nuestros sentimientos y a la majestad de lo que vimos en nuestras casas, una madre es algo tan extraordina-

rio y augusto que nos eleva a los cielos.

Pensar en nuestras madres es hacerlo en una noble y abnegada mujer siempre amorosa y buena, capaz de los mayores esfuerzos y heroísmos,

e inspirada siempre en la ternura y en la nobleza.

Pero en la vida hay muchas clases de madres: doña Carmen, por ejemplo.

Viuda de un pobre y digno empleado de la Diputación de Vizcaya, tuvo el mal acuerdo de trasladar a Madrid su domicilio y convertirlo en casa de huéspedes y convertirse ella en rozagante y apetitosa hostelera, más amiga de divertirse y gozar que de ser honrada, prudente y virtuosa.

Los instintos sofocados en un principio por esa pusilanimidad de quien desconoce el medio, no tardaron en hacerse conocer, y aquella mujer, que en el primer año de su estancia en Madrid vivía en relativo decoro, halló más cómodo y placentero lanzarse a la vida galante, primero con cierto recato y luego con la más horrible impudicia.

Muchas noches faltó de casa, y muchos días tuvimos que protestar los huéspedes de las desatenciones que sufríamos.

Para evitar nuestras quejas, tomó doña Carmen hasta dos criadas, que, verdaderas dueñas de la casa, la gobernaban a su capricho.

Margot seguía trabajando; pero Elvira, no. Compañera de su madre en sus aventuras y trapicheos, eran dos camaradas de la mala vida.

La Bombilla, los cafés de peor significación, los sitios de galanteo y de jarana eran los que ambas frecuentaban, no siendo pocos los días que aparecían en casa completamente borrachas, jurando como insensatas e insultándose mutuamente como ramerías...

¡Ya veis cómo hay muchas clases de madres!...

#### IV

Finalizaba el mes de Abril de aquel año de gracia y de desgracias, cuando tuvimos que asistir los tres huéspedes que vivíamos en la casa a una escena tan edificante como fué la sangrienta riña de doña Carmen y Elvira.

Conviene advertir que Elvira tenía celos de su madre; pero unos celos feroces e infernales.

Viéndola más guapa que ella y mejor vestida, veía también que los hombres la distinguían con preferencias que a ella la volvían loca de rabia.

Y aquella pugna, en un principio cautelosa y disimulada, llegó a estallar cuando Elvira se convenció de que su madre: ¡su madre!, la disputaba los novios.

Y fué por esto por lo que sobrevino la riña.

En pleno comedor y delante de todos, que ya estábamos asqueados de las conversaciones que sôstenían madre e hija, ante nosotros y la pobre Margot, en pleno comedor, decimos, empezaron a insultarse.

Hablaban de sus aventuras de la anterior noche.

Habían bebido, habían bailado...

Pero doña Carmen, más experta que Elvira, fué la que disfrutó más

agasajos y obsequios que la envidiosa hija rival, que exaltándose y exaltándose, y no pudiéndose contener, lanzó al rostro de su infame madre cuantos denuestos se le ocurrieron.

Contestó la doña Carmen, quien amenazó a la iracunda muchacha, que cogiendo un cuchillo se abalanzó a su madre, y con esa fiereza de las mujeres que destruyen la hermosura de sus enemigas, rasgó el rostro de la impúdica viuda, que bañada en sangre cayó a tierra, mientras nosotros acudíamos a sujetar a Elvira, que decía entre gritos de loca:

—¡Mala mujer! ¡Mala madre! ¡Ya estoy vengada!...

## V

Aquella fué la señal de la dispersión.

Abandonamos la casa, trasladándonos a otra donde no se nos mostrase la vida con aquella siniestra y terrible realidad.

¿Y Margot?—preguntaréis—. Pues Margot se fué con el poeta. Alguien tenía que ser el primero con quien viviera, y tocó al escritor ser el pri-

mer hombre como pudo haberle tocado ser el último. No fué caída la de aquella niña: fué lo inevitable.

Criada para cortesana en un ambiente de corrupción ingénita, tuvo la suerte de hallar el amor de un hombre como estrella de salvación.

Y mientras la vida nos enseñaba uno de los muchos crímenes que en ella se cometen y que no son castiga-

dos; uno de los muchos crímenes que la sociedad no evita por maldad o punible tolerancia; uno de esos crímenes que contemplamos impasibles cuando todos debíamos ir en contra de sus autores; era la vida, la vida la que nos enseñaba también que al lado del mal está la bondad, pues bondad suprema fué la de aquel muchacho abnegado y generoso que echó sobre sí la pesada carga de redimir a una futura y desgraciada pecadora.

Calló Antonio. Sus palabras vibraban todavía cuando uno de nosotros preguntó:

—¿Y qué fué de la madre?

Y como si aquello hubiera sido la señal de las preguntas, interrogamos todos:

—¿Y de Elvira?

—¿Y cómo es que Margot está aquí?

—Ahora lo sabréis—respondió el ingeniero, que siguió diciendo:

—La madre, sin los atractivos de la belleza, fuése a Bilbao.

—¿Y Elvira?

—¿No sabéis quién es?

—No.

—Pues la que todos conocemos con el apodo de la *Kiriki*.

—¿Esa?

—Sí.

—¡Qué horror!

—En cuanto a Margot...

Aquí llegaba en su relato el ingeniero cuando vino un *botones* a interrumpirlo.

Lo llamaban urgentemente del Casino.

Tuvo que salir.

Pero nosotros nos quedamos tan interesados con su historia que quisimos conocerla íntegramente.

## VI

Volví a encontrar a Margot.

Me hice presentar a ella.

Un amigo muy metido en aquel bajo mundo de cortesanas y aventureras, se encargó de hacerme conocer a aquella que yo suponía heroína de una historia de poesía y amor.

Fué en el Palacio de Hielo y en Nochebuena, Margot, muy triste, parecía perdida en uno de esos sueños muertos que llevamos en el corazón para martirio eterno.

¡La Nochebuena del *cabaret*!... ¡Qué horrible espectáculo! ¡Qué do-

lorosa visión la de tantas vidas sacrificadas y estériles como las que allí veía! ¡Daban todas la perfecta idea de los que viven en contra de su corazón y su voluntad sometidos a un Destino adverso!

Aquellas mujeres pálidas, ebrias de champagnes y de nostalgias, me hacían pensar en que no en vano vamos contra el mundo los que desafiamos su cólera y queremos edificar un mundo falso, con más petulancia que acierto. Porque todos los que allí estábamos teníamos una alegría triste, fúnebre, macabra.

Reíamos sin reír.

Bebíamos sin emborracharnos.

Llorábamos a veces, y culpábamos al vino de aquella que suponíamos absurda emoción y nos dominaba y nos hacía pensar en otras fiestas, en otras noches más buenas, pasadas en dulce, alegre, hermosa y envidiada familiaridad...

Aquella noche conseguí que Margot se confesara conmigo.

Y ahí llevais su historia.

El epílogo fatal de su existencia, sabido por mí meses después, va en su lugar adecuado.

## VII

Dura, muy dura, era la vida para los pobres amantes que, reducidos a lo más preciso, iban tirando de la existencia.

El poeta, abandonando un poco sus ensueños, dedicóse a trabajar en un Banco, donde con lo que le daban iba manteniendo aquel hogar miserable que formó en un día de amor y romanticismo.

Margot trabajaba lo que podía, y

los dos se ayudaban y los dos ganaban la existencia como verdaderos héroes.

¡Por qué hay tanto heroísmo en esas vidas oscuras, sórdidas y tristes de los resignados e injustamente vencidos...!

Pero la Fatalidad quiso castigarlos con uno de esos golpes trágicos e inesperados con que se ceba en los que se merecen mejor fortuna, y En-

rique cayó enfermo, gravemente enfermo, con un amago de parálisis que lo alejó de su ocupación.

Y vinieron los días terribles de hambre y miseria, días a los que era preciso poner un límite.

Margot, primero tímidamente y luego con decisión, expuso sus pensamientos.

Trabajaría.

El pobre poeta, que en aquellos días, vencido su natural apocamiento, había enviado uno de sus dramas al Español, no supo qué decir.

Ya no tenía fuerzas para oponerse al Destino, y suplicando a su compañera que lo llevase al Hospital, la dejó libre para hacer lo que quisiera.

Y al Hospital fué, mientras Margot volvía a su antiguo oficio y trabajaba como nunca.

Seguía viviendo.

Todos los días iba la mujer a visitar al pobre enfermo que, cada vez más enamorado de aquella buena muchacha, iba recobrando la salud perdida.

Y transcurría el tiempo.

Y Margot tuvo un día la desgracia de encontrarse con su hermana.

Fué en ocasión en que la obrerita iba al hospital a visitar a su amante.

Elvira, haciendo parar el carruaje que ocupaba, saludó a Margot.

¡Qué mal estaba la pobre! ¡Y con lo guapa que era!

En cambio Elvira, fastuosa, opulenta, regiamente vestida, era un encanto.

Hablaron.

Se contaron sus vidas.

La buena ya se veía cómo estaba.

En cambio la otra: la impúdica, la viciosa, la perversa, la malvada, triunfante y esplendorosa, era una reina.

¡Qué doloroso contraste!

Margot tuvo un momento de envidia y se acordó de sus días sin pan y de sus trágicas noches.

Y tanto se acordó y fué tanta su amargura, que por primera vez se olvidó de ir a ver al pobre enfermo.

Paseando con su hermana se le pasaron las horas.

Y cuando quiso volver atrás, ¡ya era tarde!...



## VIII

Relámpago vivaz en la noche de su cariño fué aquel lamentable olvido.

Para borrar lo que consideraba un delito, le parecían pocos todos los martirios.

Pero el mal estaba hecho, y mal horrible es en amores la primera falta, por muy leve que nos parezca.

Mas no llegó a tanto su arrepentimiento que le obligara a prescindir del trato de su hermana.

La veía frecuentemente. Y poco a poco el maleficio fué surtiendo efectos.

Margot ya no era la de antes. La vida comenzaba a revelársele de otra manera. En unión de su hermana, pasaba muchas horas, y como para estar con ella tenía que aparecer bien vestida, deshechó sus antiguas prendas, sustituyéndolas por las que Elvira le daba.

Pero algo tendrían aquellas nuevas galas cuando no quería ponérselas para ver al pobre amante, que iba mejorando con gran satisfacción de los que le asistían, y llegaron a tomarle ese cariño que existe muchas veces entre el enfermo y su médico.

Al poco tiempo salió del hospital, y

si triste fué su enfermedad, más triste amenazaba ser su convalecencia.

No había que pensar en el trabajo. Despedido del Banco donde prestaba sus servicios, tenía que orientarse por otros rumbos. Sus antiguas aficiones le llevaban a buscar colaboración en los periódicos. Y así lo hizo. Después de grandes esfuerzos vió su firma en algunos semanarios. Pero ganaba tan poco...

Margot, siempre solícita, dijo a Enrique que ella seguiría como antiguamente. Su oficio de modista les daría lo suficiente para ir tirando...

Pero, ¡ay! No era en el trabajo honesto donde pensaba Margot, si no en ser como su hermana.

¿Engañaba con sus mentiras al pobre poeta por amor? No. Lo hacía porque ella quería brillar, triunfar, ser una de tantas.

Enrique, sin sospechar nada, la veía salir como de costumbre, y aunque a veces le extrañaba su tardanza en regresar, ella se disculpaba diciendo que era por su oficio, por la necesidad de trabajar doble para ganar un poco más que de otro modo.

Por aquellos entonces regresó de



Bilbao la doña Carmen. Quería vivir con sus hijas, y Elvira, que ya no podía temer la rivalidad de antes, la recibió con agrado. Margot también.

El aspecto de aquella mujer antaño arrogante, bella, opulenta y apetitosa, era doloroso. Aparte de los estragos de los años, ofrecía los producidos por una vida tumultuosa. Pero tornaba con una especie de furia que le hacía aborrecer a toda la Humanidad. Atribuía a todos lo que sólo era culpa suya, y sólo anhelaba que

sus hijas fueran muy bellas, pero también muy crueles.

¿Querer a alguien?... Nunca. Aquello le privaría del amor y del consuelo de las muchachas a las que ella quería dirigir con la malvada experiencia que poseía.

Elvira era la hija ideal para sus planes. Por algo la había formado espiritualmente, sembrando en su corazón toda la mala semilla que fué preciso. En cambio Margot... Pero también sería como ellas.

## IX

Fué por aquellos entonces cuando conocimos en *Marim's* a la desventurada Margot. Aconsejada por su madre y por su hermana, lanzóse a aquella vida. Su amante desconocía lo ocurrido, pues Margot tenía sumo cuidado en ocultárselo.

Salía de su domicilio vistiendo las modestas prendas de costumbre y en casa de su madre se disfrazaba, adornándose como la más lujosa y elegantísima *cocotte*.

Luego iba a los sitios de galanteo. Y llegada la hora de regresar a su domicilio, lo hacía quitándose sus mundanos atavíos.

Pero aquello era insostenible. Aquella situación tan falsa tenía forzosamente que solucionarse de algún modo, como sucedió al poco tiempo.

Enrique se enteró.

Vió en aquello la dolorosa revelación de un infortunio muy grande.

Y sin protestas ni rebeldías decidió lo que había de hacer.

Serenamente abordó a Margot; y en una de esas escenas frías y patéticas de los dramas contemporáneos, dió por terminadas sus relaciones con ella.

La muchacha quiso llorar: tal vez lo pensó... Pero sus ojos, deslumbrados

dos por la vida infame, ya no tenían lágrimas para ningún sentimiento bueno.

Es más, en el fondo de su alma, se alegraba de aquella ruptura que la dejaba libre, ¡libre!...

El poeta quedó solo. Los días terribles que le aguardaban no le infundían miedo. En cuanto a Margot, se instaló con su madre y con su hermana.

Ya estaban juntas.

Ya era feliz la madre indigna.

Ya recogía el fruto de la educación que había dado a sus hijas.

Ya era dueña de la voluntad y el bolsillo de las que lanzó a las pestilencias mundanales.

Ya su egoísmo hallábase satisfecho. Triunfaba.

Vivía.

Ya era muy dichosa.

## X

La vida tuvo para Margot dulces atractivos en aquellos días que siguieron a su separación del poeta. Lanza da al fausto de una existencia cómoda y grata, todo era risueño y encantador. Se acordaba de sus privaciones antiguas como de algo enojoso, horrible y alucinante.

En cambio, ¡qué distinto era su vivir en el nuevo ambiente a que se lanzó!

No carecía de nada. Sus caprichos más costosos los satisfacía sin ningún esfuerzo. En aquella sociedad formada por las dos hermanas y regida por la madre, aunque se vivía con el desorden propio de las mujerzuelas de in-

fame significación, se vivía sin temor al porvenir, que era lo esencial.

Su nueva casa, situada en el centro de Madrid, era el punto de reunión de *cocottes* y entretenidas.

Algunas veces iban aventureros del gran mundo, calaveras *bien* y ancianos libertinos.

Entonces se aprovechaba la ocasión para cenar en alegre comunidad.

Las conversaciones más espantosas se sostenían agradablemente.

Se bebía mucho.

Llegada la madrugada se jugaba fuerte.

Y entre pases de *bacarrat*, humo de cigarrillos egipcios, canciones píca-

rescas e impudicias de toda indole les sorprendía el sol.

Entonces llegaba la hora de descansar.

Dormían hasta la noche, y al levantarse lo hacían para proseguir su vida escandalosa y horrible.

Aquello tenía la propiedad de aturdir y sofocar los latidos de toda inquietud y de toda melancolía.

Y cuando alguna de sus hijas lloraba por desolación espiritual o dolorosa emoción decía doña Carmen:

—¡Ja, ja! ¡Mis hijas!... ¡Ya han cogido la *moscorra*!...

Acaecía que algunas veces tardaba en ir a casa cualquiera de las muchachas. Y cuando transcurrían dos o tres días sin que apareciera, inquieta la madre, solía decir:

—¿Qué le ocurrirá? Yo vi que se fué a dormir al Palace hace cuatro noches. La enviaré un *continental*...

Victima de aquella vida supermoderna no tardó en ser la desgraciada Margot, que al mes y pico de constantes borracheras, noches de insomnio, bailes continuos y diversiones sin limite, cayó herida por una grave dolencia.

Enferma del hígado, era un espanto verla presa de dolores espantosos sin que nadie la cuidara.

¡ Ni su madre ni su hermana tenían tiempo de asistirle, y cuando el médico exponía sus temerosos pronósticos, se encogían de hombros.

Aquella niña siempre había sido un obstáculo. ¡ Si hubiese un sitio donde poder enviarla!...

La Naturaleza, que a veces tiene esas generosidades, se impuso a la en-

fermedad y Margot, casi curada, volvió a su vida.

Coincidió aquello con una noticia leída en un periódico, que la dejó helada. ¡ Su amante, su primero y pobre amante, iba a estrenar!...

Leyendo la noticia no supo lo que le ocurría. Algo muy grande que dormía en su alma despertó súbitamente. Y evocó sus días primeros de amor y romanticismo, y la figura del poeta volvió a surgir en su pensamiento.

Lloró con lágrimas de amargura desgarradora, y no tuvo más idea que la de presenciar el estreno a toda costa. Contando los días con impaciencia febril, esperaba la anhelada noche, y cuando llegó ésta fué de las primeras en acudir al Español.

Ocupó un palco proscenio. No quería faltar a la sensacional revelación del genio del que fué tan bueno para ella... Mientras empezaba la obra, Margot tuvo tiempo para pasar revista a su existencia. Comparaba su pasada vida con la que llevaba. Asistía mentalmente a la gestación de aquella misma obra que iba a presenciar. Veía al pobre escritor de codos sobre la ruinosa mesa, meditando y meditando, mientras ella trabajaba a su lado y en silencio... Veía después el entusiasmo de un momento; la desilusión más tarde... Y finalmente iba a ver la realización de todos aquellos sueños de la miseria y la impotencia...

Salió de las últimas. Oculta a las miradas de todos, asistió al triunfo de su amante, que lo obtuvo y de los más clamorosos...

*Magdalena...* Este era el título del drama: *Magdalena...* Pero en la obra triunfaba la bondad sobre los malos instintos, y ella sabía que en la vida era todo lo contrario. *Magdalena...*

Del teatro fué a *Rosales. Alternó* como de costumbre. Jugó también y no le importaron ni sus pérdidas ni sus ganancias. ¡Le daba tanto asco todo aquello, que por primera vez en su vida pensó que cómo sería posible que se permitiesen aquellos sitios y aquella vida!...

Echaba de menos una rigidez social que eliminase todas las maldades y evitara todos los crímenes sociales que se cometen todos los días a ciencia y paciencia de los que transigen con la infamia y colaboran con ella.

Hubiese querido ser escritora para decir todo aquello que sentía y lanzarlo al rostro de un mundo vil y cobarde con la violencia de su gran dolor...

Pero no era nadie: era una cualquiera; una desgraciada más: una víctima de su educación y del ambiente; víctima irredenta como tantas otras condenadas a abyección perpetua...

Tuvo que marchar a un pueblo de la Sierra. Había vuelto a recaer. Desde allí tuvo el atrevimiento de escribir a su poeta, que no tardó en contestarla. La perdonaba con todo su corazón. *Y la gloria—eran sus palabras—, la gloria conquistada después de tantos esfuerzos sería para los dos, si ella se consideraba digna...*

¡Digna!... ¡Nunca!... La felicidad es para las abnegadas, las pacientes, las resignadas, las sometidas a todos los sacrificios, y no para las impúdicas y malvadas. Ella lo reconocía, reconociéndose perversa y merecedora de todos los desprecios y castigos...

Y cuando fué el poeta a verla, tuvo el heroísmo de decirsele de este modo. No quiso Enrique creerla y ella no insistió porque sabía que sus horas estaban contadas...

Luz que se apagó en la noche del abandono fué su muerte. Dejó de existir lejos de todo y de todos. Sepultada en el cementerio del humilde pueblo, allí descansan sus pobres restos. El poeta la lloró unos días: luego la tróco en idea. Inspiración de su vida fué el recuerdo de la desdichada cuya historia quisiéramos que la conocieran todos para ejemplo de las que, parecidas a la pobre Margot, viven como ella vivió...

En cuanto a los demás personajes de esta novela, ya no interesan. Aparte del poeta, vivos o muertos, felices o desgraciados, donde quiera que se hallen tendrán que sufrir el horror de sus conciencias y el martirio de sus corazones.

Porque si no los sufrieran, ¿qué pensaríamos?... ¡Que les siga la maldición de las almas buenas, por los siglos de los siglos, y que esta maldición les acompañe siempre; ¡siempre!

Juan López Núñez

## JUICIO CRÍTICO

# Juan López Núñez

## novelista y autor

Siendo yo casi un niño, cuando Dumas, Victor Hugo, Fernández y González y otros escritores tejían en mi imaginación maravillas de humos y encajes, de visiones sin armonía, deliciosamente rotas entre nubes de plata y copos de nieve, acerté a leer una crónica de Juan López Núñez en *Prensa Gráfica*. Era una crónica optimista como una carcajada de mujer o un grito de niño al sorprender el encanto del secreto de un juguete.

Aquella crónica de López Núñez quedó fijamente impresa en mi imaginación y hubo de cambiar, en parte, mis aficiones a la lectura.

López Núñez, hoy consagrado por el triunfo de sus obras teatrales y de su constante labor literaria, es el escritor que buscamos con predilección. En su «Cabeza parlante», es López Núñez sincero y valiente. Dice lo que todos los escritores debíamos decir sin que nos sonrojáramos. Esas confesiones harán mucho daño en el alma de los escritores que ocultan la verdad, que la mixtifican, que la adornan, en fin, con una vida equívoca y falsa. Tanto me han gustado sus confesiones, son tan arrogantes y tan hondamente sentidas, que las he leído dos veces.

Sí, querido López Núñez; nos engañamos nosotros mismos. Se lo dice a usted aquel

chiquillo que se deleitaba leyéndolo y que hoy, cuando la lucha lo arrastra impetuosamente, cuando la lámpara que ilumina el camino de la gloria la vió cerca, ve también morbosa y acuchilladora la mentira de nuestra propia vida.

¡Había que hacer tanto en la literatura y en la propia honestidad profesional!

López Núñez ha cogido la vida y la ha dominado. Su gran cultura le ha llevado quizá a un escepticismo harto de lógica y harto de razones más poderosas aún que la cultura misma; pero en su obra literaria, alumbrada a veces con resplandores de esperanza, hay un fondo de tragedia, de inmensa tragedia espiritual e ideológica que, al temblar en el corazón de sus lectores, les lleva el sedante, la magnífica y sutilísima seda con que se cubren, aunque sea por momentos, las ironías y las muecas horribles de la vida.

Tiene su obra literaria un alto sabor humano; su estilo ágil, violento a veces, dulce y reposado otras, acariciador y romántico, es personalísimo: ha hecho López Núñez su estilo, como si se arrancara pedazos de alma, de vida, y los llevara a las cartillas.

La novela de López Núñez es sugestiva y atrayente. A veces, entre sus visiones y concepciones, parece que Juan López Núñez, re-

memorando épocas de sus primeros años, cuando el bisturi brillaba plateado y simbólico en sus manos, lleva a las páginas de sus obras aquella época de su vida (la más bella de todas, la de estudiante soñador y romántico) algo impreciso y esfumado, más interesante aún por esto mismo.

Cuando el triunfo lo envolvió con su manto de rojo arrebol, López Núñez fué siempre el mismo: el hombre bueno, el escritor sereno y reflexivo que, como Flaubert, Margueritte y otros, sabe inyectar su obra literaria con el pan espiritual que, a veces, salva a las almas en trance de perdición.

El autor de *El Rayo* ha estudiado siempre;

hasta sus propias obras las ha auscultado conscientemente.

Y ha hecho mucho tiempo conquistó la verdadera y única gloria, la que aprecia más hondamente el artista: hacer un estilo, crear; salirse del marco anodino, vulgar y débil de los equivocados, y dominar ese problema que tantas víctimas hace: el de la propia estimación unido al de la personalidad.

López Núñez es un literato que ha vivido su vida entera por y para la literatura; es el mejor juicio que puede hacerse de su obra, coronada por el triunfo.

*Joaquín Corrales Ruiz*

EL GRAN SEMANARIO TAURINO

“SANGRE Y ARENA”

cuyo éxito no tiene precedentes en los  
anales de la Prensa taurina española,  
publica en todos sus números, editados  
lujosamente, las mejores crónicas de  
: : ilustres críticos taurinos : :

“SANGRE Y ARENA”

es el semanario nacional que prefieren  
los aficionados, por su imparcialidad  
: : y seriedad : :

*Colaboración de los mejores literatos;  
profusión de fotografías, planas  
y dobles planas a tricolor*

Precio: 40 céntimos



## FABRICA DE CORBATAS

Camisas, guantes,  
géneros de punto.

Elegancia, Surtido y Economía.  
12, CAPELLANES, 12.  
Precio fijo.

## SOMBROS

—: REFORMO —:

LIMPIO —: TIÑO

Valverde, 3.

# PECHOS

DESARROLLO, BELLEZA y ENDURE-  
CIMIENTO EN DOS MESES con

## PILDORAS CIRCASIANAS.

Dr. Brun. Inofensivas. Aprobado por eminencias médicas. ¡32 años de éxito mundial es el mejor reclamo! 6 ptas. frasco. MADRID, Gayoso, E. Durán, Pérez Martín; ZARA-GÓZA, Jordán; VALENCIA, Cuesta; GRANADA, Ocaña; SAN SEBASTIAN, Elzaurdy, Tornero; MURCIA, Selquer; VIGO, Carrascal; MALLORCA, «Centro farmacéutico»; ALICANTE, Aznar; CORUÑA, Rey; SANTANDER, Sotorrio; SEVILLA, Espinar; VALLADOLID, Llano; BILBAO, Barandiarán; HABANA, Sarrá; TRINIDAD, Bastida; PANAMA, «Farmacia Central»; CIENFUEGOS, «Cosmopolita»; CARACAS, Daboin; QUITO, Ortiz; MANAGUA, Guerrero; BARRANQUILLA, Acosta-Madiedo; PUERTO RICO, J. Comas Pepork; MANILA, Juan Gaspar, Mendoza, 150.-Mandando 6'50 pesetas sellos a Pousarxer, Viladomat, 104, Apartado 481, BARCELONA, remítase reservadamente certificado. Muestra gratis para convencimiento del éxito.

DESCONFIAD DE IMITACIONES



Las tapas para la  
encuadernación de

## LOS CONTEMPORÁNEOS

se encuentran de venta en esta  
Administración al precio de  
2 PESETAS

## SARNA (ROÑA)

Cúrase en diez minutos con el acreditado  
SULFURETO CABALLERO

De venta en Farmacias y Droguerías  
y en el Laboratorio del Autor

Asalto, 56, Farmacia.—BARCELONA  
¡Desconfiad de las imitaciones!

**SARNICIDA**  
INSTANTANEO  
"CESAR"  
DE EXQUISITO PERFUME  
CURA SIN BAÑO RADICALMENTE  
LA SARNA

PARA BUENOS IMPRESOS  
—: Y SELLOS CAUCHO :

Manuel López Ortega (hijos)

Encomienda, 20 duplicado

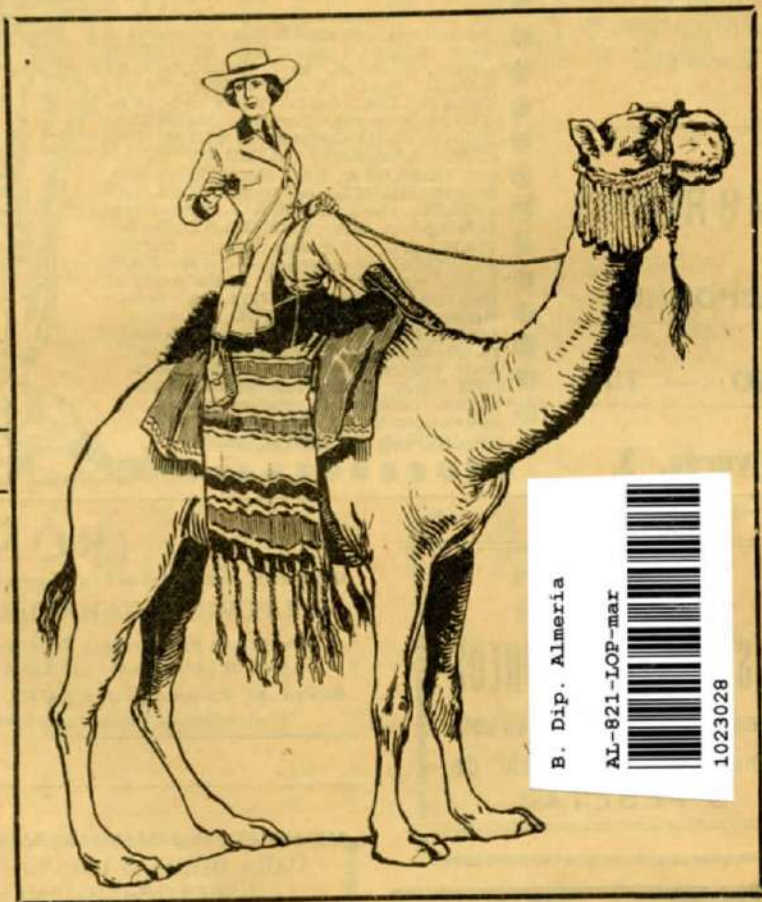
MADRID

Gran rapidez

Fundición diaria

LEA USTED LOS SABADOS

# Alrededor del Mundo



Es la revista ilustrada que más lectura trae y más  
variada información.

PRECIO DEL NÚMERO: \_\_\_\_\_ 40 CÉNTIMOS

# COMPañIA TRASATLANTICA

## SERVICIOS DIRECTOS

### Línea a Cuba-Méjico

Servicio mensual saliendo de Bilbao el día 16, de Santander el 19, de Gijón el 20, de Coruña el 21 para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz el 16 y de Habana el 20 de cada mes, para Coruña, Gijón y Santander.

### Línea a Puerto Rico, Cuba, Venezuela-Colombia y Pacífico

Servicio mensual saliendo de Barcelona el día 10, de Valencia el 11, de Málaga el 13 y de Cádiz el 15, para las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico, Habana, La Guayra, Puerto Cabello, Curaçao, Sabanailla, Colón, y por el Canal de Panamá para Guayaquil, Callao, Mollendo, Arica, Iquique, Antofagasta y Valparaíso.

### Línea a Filipinas y puertos de China y Japón

Siete expediciones al año saliendo los buques de Coruña para Vigo, Lisboa, Cádiz, Cartagena, Valencia, Barcelona. Port Said, Suez, Colombo, Singapore, Manila, Hong-Kong, Shanghai, Nagasaki, Kobe y Yokohama.

### Línea a la Argentina

Servicio mensual saliendo de Barcelona el día 4, de Málaga el 5 y de Cádiz el 7, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires.

Coincidiendo con la salida de dicho vapor, llega a Cádiz otro que sale de Bilbao y Santander el día último de cada mes, de Coruña el día 1, de Villagarcía el 2 y de Vigo el 3, con pasaje y carga para la Argentina.

### Línea a New-York, Cuba y Méjico

Servicio mensual saliendo de Barcelona el día 25, de Valencia el 26, de Málaga el 28 y de Cádiz el 30 para New-York, Habana y Veracruz.

### Línea a Fernando Póo

Servicio mensual saliendo de Barcelona el día 15 para Valencia, Alicante, Cádiz, Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, demás escalas intermedias y Fernando Póo.

Este servicio tiene enlace en Cádiz con otro vapor de la Compañía que admite carga y pasaje de los puertos del Norte y Noroeste de España para todos los de escala de esta línea.

## AVISOS IMPORTANTES

Rebajas a familias y en pasajes de ida y vuelta.—Precios convencionales por camarotes especiales.—Los vapores tienen instalada la telegrafía sin hilos y aparatos para señales submarinas, estando dotados de los más modernos adelantos, tanto para la seguridad de los viajeros como para su confort y agrado.—Todos los vapores tienen médico y Capellán.

Las comodidades y trato de que disfruta el pasaje de tercera, se mantienen a la altura tradicional de la Compañía.

Rebajas en los fletes de exportación.—La Compañía hace rebajas de 30 por 100 en los fletes de determinados artículos, de acuerdo con las vigentes disposiciones para el Servicio de Comunicaciones Marítimas.

## SERVICIOS COMBINADOS

Esta Compañía tiene establecida una red de servicios combinados para los principales puertos, servidos por líneas regulares, que le permite admitir pasajeros y carga para:

Liverpool y puertos del Mar Báltico y Mar del Norte.—Zanzibar, Mozambique y Capetown.—Puertos del Asia Menor, Golfo Pérsico, India, Sumatra, Java y Cochinchina.—Australia y Nueva Zelandia.—Ilo Ilo, Cebú, Port Arthur y Vladivostok.—New Orleans, Savannah, Charleston, Georgetown, Baltimore, Filadelfia, Boston, Quebec y Montreal.—Puertos de América Central y Norte América en el Pacífico, de Panamá a San Francisco de California.—Punta Arenas, Coronel y Valparaíso por el Estrecho de Magallanes.

## SERVICIOS COMERCIALES

La Sección que para estos servicios tiene establecida la Compañía, se encargará del transporte y exhibición en Ultramar de los Muestrarios que le sean entregados a dicho objeto y de la colocación de los artículos, cuya venta, como ensayo, desean hacer las exportaciones.

# NEUTRÁCIDO E ESPAÑOL

**CURARÁ INTEGRALMENTE**  
su enfermedad de  
**ESTOMAGO HIGADO O INTESTINOS**

DOCTORES españoles y alemanes,  
especialistas, han recomendado con  
vivísimo interés a los más notables  
Profesores de la Facultad de Berlín el  
uso y estudio clínico del *Neutrácido*  
*Español*.

OBTUVO del Eminentísimo Jurado  
Médico, de la Exposición de Higiene  
de 1919 en Madrid, Gran premio  
*Medalla de Oro*.

OBRARÁ usted acertadamente ini-  
ciando hoy mismo su tratamiento con  
este sin igual remedio que vencerá  
rápidamente su padecimiento diges-  
tivo, por grave o antiguo que sea.

**Frasco: 6 pesetas.**

Solicite usted del concesionario exclusivo: D. José Marín Galán,  
Arjona, 4, Sevilla, un notable y lujoso folleto que le será remitido  
gratuitamente, y si no halla usted en su localidad este específico le  
enviará un frasco, certificado, por 6,50 ptas.